

Palomares, nuestra bomba

Hasta 1966 no volverían los españoles a tener un contacto tan claro con la bomba. A las 22.10 del 17 de enero de aquel año los habitantes de Palomares y Villarico, en Almería, oyeron una tremenda explosión y vieron un relámpago terrible en el cielo, entonces de nubes. Junto con los restos de dos aviones norteamericanos, que al parecer chocaron en vuelo, un B-52 y un KC-135, cayeron cuatro bombas de hidrógeno, de 25 megatones cada una, tres en tierra y una en el mar. Dos de las

bombas se abrieron y allí se esparció el uranio 235 y el plutonio 239, considerados ambos como altamente radiactivos.

La que se armó fue menuda: los norteamericanos, en la operación *Flecha Rota*, enviaron 10 buques de guerra y un numeroso grupo de militares y de científicos. Allí excavaron la tierra para llevársela, dijeron, al cementerio nuclear de Aiken, en Estados Unidos. Fraga y el embajador norteamericano, Duke, exhibieron los pantalones de baño

y se zambulleron en aguas almerienses para demostrar que no había contaminación alguna. Pero las protestas, y sobre todo el miedo, se apoderaron de muchos españoles, que esos días advirtieron que por su cielo cruzaban, un día sí y otro también, aviones norteamericanos con un montón de bombas y con materiales radiactivos.

Casi 20 años más tarde, la historia sigue y nadie ha aportado aún datos reales sobre las repercusiones de aquel accidente.

EL PAIS - 6 DE AGOSTO
SUPLENTO de HIROSHIMA